

# Homenaje

## Tribute

Manuel BORRÁS ARANA

(Editorial Pre-Textos)  
mborras@pre-textos.com

Recibido: 23 de noviembre de 2010

Aceptado: 24 de noviembre de 2010

### Resumen

Ramón Gaya jamás impartía enseñanzas, en todo caso las compartía. Su fe era demasiado sólida y profunda como para erigirse en maestro de nada, o tener la más mínima tentación de subirse a un púlpito. Fue un ser excepcional porque supo reconocer la excelencia del hombre común.

Ser un artista creador no es aprovecharse de la realidad, sino aceptarla porque el sentimiento es obediente, está apegado a su raíz. El sentimiento se somete ante lo real, ya que toda creación verdadera es servidumbre libre, por paradójico que resulte, y alegre ante lo real. Ramón Gaya lo supo de un modo transparente, por eso pudo como pudo recibir la realidad en el seno de su pintura, sumergirse en su agua, devolverla a su pobreza original, sumarla al cuerpo de su obra, sin desde luego emborronarla ni adelgazarla. Su obra, hecha en soledad, es una obra callada, limpia, inocente, mansa, firme.

*Palabras clave:* Ramón Gaya, fe, la realidad, sentimiento obediente, pintura, agua, obra callada, soledad.

### Abstract

Ramón Gaya never imparted his knowledge, he did, however, share it with others. His faith was far too deep-rooted and unshakable to become a maestro without artistry, or to yield to the slightest temptation to stand at the lectern. He was an exceptional person because he knew how to recognize excellence in the common man.

Being an artist is not about taking advantage of reality, yet it involves accepting it because artistic sensibility is obedient, firmly set in its roots. Sensibility is subordinate to reality, as all true creation is free servitude, as much of a paradox as that may seem, and it is this reality which brings it its joy. Ramón Gaya had a clear vision of this. Consequently, he was able to place reality at the heart of his painting, submerge himself in its waters, return it to its original poverty and integrate it into the body of his work, without blotting or compromising it. His oeuvre, one of solitude, is a silent oeuvre, clean, innocent, peaceful and unwavering.

*Key words:* Ramón Gaya, faith, reality, sensibility, obedient, painting, water, silent oeuvre.

Aunque uno piensa que todo lo que tenía que decir de Ramón Gaya lo había dicho ya, sabe también que el amigo murciano es un tema inagotable. Quizás ahora más que nunca, y digo ahora más que nunca porque nunca antes he sabido como ahora que no está más preso el que no puede salir de sus verdades, sino el que no puede, por sus prejuicios “bien cimentados” las más veces en la nada, recibir la posibilidad de aceptar un cambio de perspectiva en sus ideas. Intuir tan sólo que existe una verdad más allá de nosotros parece dar vértigo.

Si esa verdad, además, se formuló en la cercanía geográfica, peor. A lo que se ve se prefiere antes a un chovinista francés diciendo cosas obvias o a un filósofo malhumorado centroeuropeo predicando el infortunio que a un sabio cercano con un discurso unívocamente claro, y que ha luchado en soledad contra viento y marea, teniendo todo en contra, para poner en crisis, que no revocar, un discurso estético vacío, ramplón, interesado y volcado en intereses totalmente espurios. Ramón Gaya luchó, como nadie en el siglo pasado, por derrocar una suerte de dinastía de lo mundano y superficial que se había instalado impunemente en la escena cultural, sin que, por cierto, nadie protestase, y que había pastoreado para su propio interés y beneficio gran parte de nuestra civilización. Es decir, que preferimos las obviedades a una obra de la claridad y cercanía humana de la categoría de nuestro pintor y escritor.

La primera vez que “escuché” a Ramón Gaya, que no de viva voz, fue, ya lo he contado en algún otro sitio, cuando leí una entrevista que le hicieron Tomás March y Santiago Muñoz en su ya mítica revista *Letras* a principios de los ochenta. Es posible que por aquel entonces empezase a nacer en mí de modo muy tímido cierto hastío hacia determinado discurso vanguardista que trataba de imponer, como nueva consigna para la adquisición de conocimiento, la velocidad. Una vieja idea que tenía su origen a principios del siglo XX y que, una vez desempolvada adecuadamente, es decir, remaquillada, trataba de sostener en el tiempo una muy estéril

beligerancia conceptual apoyada, aparte de en la prisa, en un vocablo extraído, por cierto, de la jerga militar: vanguardia.

Cómo iba a entender Ramón Gaya, que alimentaba su obra en la vida, esa “filosofía” de la velocidad. Cómo podía asumir que la verdad para ser más verdad debía ser simplemente novedad. Él antes que nada sólo creía en la eterna novedad de la vida, en el efecto rectificador que la realidad impone tan firme como suavemente sobre nuestras vidas. Nunca he conocido a alguien que haya luchado tan en soledad y con tanta fe por sus creencias. Él me demostró que no había nada más renovador que la autenticidad. Es por eso que esta tarde no me puedo sentir mejor acompañado, pues me consta que todas y cada una de las personas que están en esta mesa han contribuido muy mucho desde sus distintas biografías a no dejar que la obra de este gran pintor y escritor se sumiese en el olvido que le imponía una época que no es que no le entendiera, sino que no podía asumir lo que desde la clarividencia nuestro autor le decía.

El valor de una obra está en relación directa con que el creador haya conseguido desde su más extrema soledad transmitir en ella una emoción que precisamente ya no es suya ni tiene nada que ver con su personalidad, una emoción justamente emocional y evidentemente universal, haciendo así compartible algo que en su origen no parecía serlo y proyectando de ese modo luz sobre la naturaleza de los sentimientos y sobre la significación humana que éstos poseen. Una vez más diré que los artistas nos hablan de sí mismos a diferencia de los creadores, que son aquellos que hablándonos de sí mismos nos hablan un poco de todos nosotros. El pintor murciano se encuentra entre estos últimos.

Mientras para un pintor la pintura es un fin en sí misma, para Ramón Gaya no es más que un medio, que como él mismo dice en su *Sentimiento de la pintura*, lo tiranizó siempre, pero que jamás pudo considerar un fin. Para él la pintura, el arte todo, con su indudable grandeza, era un tránsito que actuaba en el artista como una fatalidad, pero que no era un fin. En esa fatalidad o implacabilidad veía él su transitoriedad. Según Gaya, y me parece una gran verdad, no hay nada tan feroz como lo efímero, lo que se encuentra de paso; “su terquedad y necesidad violentas pueden hacernos creer, por un instante, que se trata de algo central, de importancia central, de trascendencia última, de finalidad tope, pero los grandes y últimos fines, precisamente, no encierran ferocidad alguna, pasión alguna”. Pues la pasión para él era quizá la parte más positiva de la desesperación, pero también desesperación en definitiva. Y la desesperación brota siempre de la pequeñez, de una suerte de egoísmo empequeñecedor, de un egoísmo total que no aspira a nada, *ni siquiera a no querer dar*.

El arte, pues, no es para él un objeto de fe, repito, sino una fe, pero una fe que no puede quedarse en sí misma. Porque una fe que se complaciera en sí misma acabaría siendo un pecado. El hombre se salva por la fe, nunca por la justicia, ya que

ésta no deja simplemente de ser una exaltación, como dice Gaya, de la mediocridad. ¿Y cómo va a suponerse que la mediocridad pueda salvar al hombre? Al haber transformado el arte en sólo un objeto de fe, hemos propiciado esa suerte de arte artificioso que únicamente ha ideado, pergeñado, inventado sibilinaamente artefactos sin el hombre, o con el hombre muerto.

Ser pintor para Ramón Gaya no es más que una de las formas posibles de ser hombre, una de las *encarnaciones* posibles del hombre, ni más ni menos. El pintor es un hombre igual a los otros, pero quizá un poco más herido por la realidad. De ahí que el creador sea también un hombre que escucha, que sabe atender a una verdad esencial, a una verdad que no le pertenecía, sino que era de todos, y de siempre. Una verdad verdadera no inventada por el hombre que es, sino que le fue entregada, confiada. La pintura, nos dice el pintor murciano, brota de un manantial antiguo, femenino, tibio, húmedo, materno. Sintió como pocos la presencia secreta, escondida de la pintura, y dejó que ésta apareciese, porque ser creador es eso: saber obedecer. Mientras que ser artista es lo contrario, desobedecer, de ahí, que según él y no sin razón, casi todo el arte contemporáneo sea como una travesura, ya que se trata de un arte lleno de conjeturas y ocurrencias, es decir, de un arte artístico y artificial, orientado únicamente a satisfacer un yo sediento de sí mismo y enajenado de la vida. El arte artistizante, que nace de una urgencia en contraste con la creación, no es más que una petulancia, un propósito, un lucimiento, un mérito para mayor honra de un individuo y no de la verdad que nos acoge y en la que desapareceremos. El arte finge que crea y siempre olvida algo, lo vivo.

Su pacto de amistad con la Vida, con el Arte, y no tengo más remedio que poner estos dos sustantivos en mayúscula, lo obligó a ser muy severo consigo mismo a la hora de juzgar su propia obra y le impelió en consecuencia a serlo también con la de los otros, sobre todo cuando eran simples ocurrencias, hijas de un impulso momentáneo o no estaban lo suficientemente arraigadas en lo vivo. De ahí a atribuir en su mirada intransigencia dista un largísimo trecho. Eso resulta fácil atribuírselo a alguien cuando, como ahora, nadie o muy pocos son aquellos que pueden o saben fijar jerarquías. Todos sus amigos estamos en deuda con Gaya por su sinceridad y, ante todo, por su generosidad a la hora de transmitirnos su indiscutible lealtad al Arte, la Vida, la Verdad.

En resumen, lo vivo no puede ser juzgado, el Arte, el arte grande es un poder humilde, jamás un simple alarde para mayor honra del artista. El arte creador no puede ser juzgado porque es vida y lo vivo, según Gaya, es Dios. La naturaleza viva, además, por estar viva nos puede hacer partícipes, si sabemos prestar atención al *continuum* de la realidad, de uno de sus innumerables secretos sin necesidad de revelárnoslo, ya que según dejó escrito el pintor murciano, “es ése, posiblemente, el instante de nuestra relación más profunda con la realidad, cuando conseguimos no ya entender la realidad –pues ello, aunque difícil, sería apenas nada–, sino *serla*,

ser realidad, ser el alma misma de la realidad". Pues la realidad quiere ser escuchada y, a su vez, escucharnos, sabernos. Ser artista creador no es aprovecharse de la realidad, sino aceptarla porque el sentimiento es obediente, está apegado a su raíz. El sentimiento se somete ante lo real, ya que toda creación verdadera es servidumbre libre, por paradójico que resulte, y alegre ante lo real. Ramón Gaya lo supo de un modo transparente, por eso pudo como pocos acoger la realidad en el seno de su pintura, sumergirse en su agua, devolverla a su pobreza original, sumarla al cuerpo de su obra, sin, desde luego, emborronarla ni adelgazarla. Su obra es una obra limpia, callada, inocente, mansa, firme.

Hay veces que el hombre encuentra un silencio que le humilla no comprender, cuando de él no hay nada que comprender, sino escucharlo. Tratemos de escuchar a ese gran pintor y escritor que fue Ramón Gaya, intentémoslo procurando antes manumitirnos de nuestros prejuicios y obsesiones; probemos a atender esa obra, que más allá del tiempo y la circunstancia en que fue convocada, sólo nos puede recordar el futuro. Porque es una obra que se ha vencido a sí misma tratando de salvar la realidad y se ha vencido a sí misma porque el gran artista que fue Ramón Gaya no aspiró sino al silencio. A un silencio esencial en el que el arte por el arte, el arte artístico, el arte porque sí, ese que no es nada, no tenía cabida en la realidad que debía recibirlo y sancionarlo.

La realidad, créanme, pasa sus cuentas. No suele tener las urgencias de lo contemporáneo, sabe esperar. Tiempo habrá de encontrar las causas que han favorecido que se cierna el silencio durante años sobre la obra de Ramón Gaya y tiempo habrá también, no les quepa el menor asomo de duda, en que ella en su soledad esencial, en esa casi mudez, acabe alcanzando el destino para el que fue convocada entre nosotros.